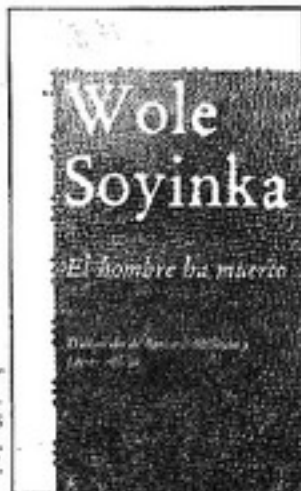


"El hombre ha muerto"



Por
Wole Soyinka.
Ediciones
Alfaguara.
Madrid, 1987.
400 páginas.



una trampa siga a otra, sino en estar despierto para dar un testimonio que provenga de la verdad más irrestricta. En prisión, los carceleros necesitan ajustar cuentas con la mente del prisionero, apelando a un experimento básico que sienta en él sólo la furia de un animal que va a ser vencido, sin serle posible alterar este vivir y, quizás, llevándolo, en la pérdida de la noción del tiempo, a aceptar su condición de paria, de solitario, de víctima justa que puede ser devorada por el poder.

"MI MENTE SEGUÍA FUNCIONANDO"

El narrador defendiendo su mente, vigila su soledad, adquiere conciencia de lo que es el horror: "En la jaula para un animal, en el aislamiento espiritual de los primeros días, la perspectiva se convirtió en real y horrorosa. Comentó como un ejercicio para armarme contra lo peor, se zambulló en los horrores de la imaginación. Empecé a perder la cuerda distinción entre lo supuesto y lo real. Hasta mucho después de haber restablecido el contacto con el mundo exterior, después de que me garantizaron que se sabía la verdad donde más importaba, era sólo necesaria una pequeña activación de los recuerdos para meterme de nuevo en ese caldero de pulso galopante y tensión nerviosa. Sin embargo, había ese extraño hecho, que contradecía toda expectativa lógica: mi mente seguía funcionando".

¿Qué hacer en la celda misera, en medio de la presión del miedo, para sobrevivir? ¿Creerá realmente en un mañana en donde volverá a existir la libertad? Queriendo amarrarse sólidamente a una vida, la única irrepetible, la suya, se dedica a dar forma a una misión, en este caso la de criar lagartos, que van naciendo en un rincón oscuro. Les enseña a comer, dándoles hormigas y moscas. Una vez concluida la jornada de alimentos, ¿qué puede quedar, sino la imaginación? Tal vez un juego. ¿Juego? Escenifica duelos a muerte: "Una hormiga roja contra otra negra o equipos de cada grupo que juntos en una botella se mataban mutuamente hasta el último hombre: los llamé Biafra y Nigeria".

Más tarde, sólo queda intentar el llamado de atención. Once días de ayuno y, de pronto, se ve cómo la costumbre impide la noción de heroicidad. El juego de la mente débil se pierde en una serie de reinos de la nada. Y cuando todo termina, y con ello el libro, un hombre sabe que la dignidad de vivir seriamente merece un sacrificio, el cual se traduce en tener razón, sin miedo, hasta el final, cuando habrá de conocer el privilegio de que los hombres de la dictadura tengan miedo, más miedo que él, porque, al fin y al cabo —como le dice un carcelero— a él no lo van a asesinar como "a los otros", pues es un "preso político" y cualquiera de éstos, como él, "puede ser primer ministro mañana". • A.C.

En una celda muy pequeña, durante 27 meses, el escritor nigeriano Wole Soyinka (Premio Nobel de Literatura 1986) fue "retenido" sin acusación válida, con motivo de la guerra civil en la cual Biafra se separaba de Nigeria en el interior del desajuste de un sistema que venía de un pasado tribal. Soyinka y otros intelectuales fueron considerados "subversivos" por firmar documentos dirigidos a los potentes productores de armas. En ellos se pedía una ayuda razonada para evitar los desbordos de una guerra fratricida.

El texto de *El hombre ha muerto* es un documento realista, casi un alegato narrativo (como *Memorias de la casa de los muertos*, de Dostoiewski, o *El sexto*, de José María Arguedas), y en él se aprecia la acción concertada de los organismos que genera el poder con el propósito de librarse de sus críticos y disidentes, a quienes atribuye la pateridad de la traición. Acallando la libre opinión, denunciando el pacifismo como una forma de eludir las responsabilidades con la nación o viendo en toda toma de posición, que no sea la oficial, una detestable acción antipatriótica, un país se envilece con el imperio de la mentira.

Al prisionero Soyinka le interesa, en este libro, evitar la diatriba y poner en resguardo sus ideales. Por ello delimita el carácter del lenguaje que es indispensable "inventar" para mantener las miradas fijas sobre el exceso como norma habitual, en las dictaduras, cuyo peso específico es "algo innata y potencialmente indecente". Así, la palabra debe comunicar "su ilegitimidad mediante un lenguaje de rechazo, fuerte e intransigente", el cual, por cierto, no podrá "dismantelar la estructura de poder", lo cual se logra por el esfuerzo solidario colectivo, pero habrá de ir permitiendo "la reconstitución psicológica de las actitudes públicas frente a las formas de opresión", porque el lenguaje se afirma como "una parte de la terapia de resistencia".

En cada página, la vida se vuelve incierta y los hechos van pesando en el prisionero que, sin más, se entrega a un destino; éste no consiste en ceder ni en aguardar a que

AUTORÍA

A. C.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"El hombre ha muerto" [artículo] A.C. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile